

2018, Volumen 3, Número 1: 77-95

Dossier

“Abordajes actuales para el estudio de los paisajes arqueológicos”

Editores invitados: Darío O. Hermo, Laura L. Miotti y Marcélia Marques

Deconstruyendo antecedentes: la definición de los paisajes arqueológicos en Londres (Catamarca) a través de las publicaciones científicas

Gregoria Cochero¹ y Marco Giovannetti^{1,2}

¹División de Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
gcochero@gmail.com; marcogiovanetti@gmail.com

²CONICET



Deconstruyendo antecedentes: la definición de los paisajes arqueológicos en Londres (Catamarca) a través de las publicaciones científicas

G. Cochero¹ y M. Giovannetti^{1,2}

¹División de Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Paseo del Bosque s/n (1900) La Plata, Argentina. E-mails: gcochero@gmail.com; marcogiovannetti@gmail.com

²CONICET

¡Hay que provocar la irritación de nuestros pensamientos y los pensamientos de los demás pueden ayudarnos a conseguirlo! La traducción, como todos saben, es similar a un ejercicio de cartografía (...) Las malas traducciones están llenas de pensamientos que se desbordan, flotan o se ahogan, a falta de palabras adecuadas (...) (Augé, Marc 1998)

RESUMEN. En un área de estudio cuya literatura existente remonta a cien años, el Valle del Quimivil en Londres, provincia de Catamarca, nos preguntamos cómo construir nuestros antecedentes y qué posibilidades nos pueden habilitar en tanto los concibamos como productos “útiles” a nuestros fines de investigación. Independientemente de las particularidades de cualquier tema de estudio, la forma en que generamos e interpretamos nuestros antecedentes puede servir de disparador para reflexiones constructivas que resulten en una toma de posición en torno al uso del pasado, o bien correr el riesgo de generar falsas adscripciones ideológicas de forma implícita por omisión de la crítica. Nos proponemos examinar los enunciados de peso teórico que surgen del análisis de los antecedentes de la zona para dotarlos de historicidad y situarlos con el fin de explicitar cómo es que (nos) entendemos en una relación caracterizada por vínculos múltiples entre nuestros referentes arqueológicos empíricos, las producciones interpretativas previas, nuestros objetivos actualizados y nuestras asumidas responsabilidades como productores de *verdad científica*. Desde las posibilidades que brinda el uso de una metodología hermenéutica, nos preguntamos cuáles son los antecedentes científicos y arqueológicos más relevantes que han generado (explícita o implícitamente) modelos de paisaje para la región del valle del Quimivil. Diferente a preguntarnos qué es lo que se ha dicho sobre los paisajes arqueológicos de la zona, nos preguntamos: ¿Cuáles son las miradas sobre el paisaje que han sido legitimadas a través de los mecanismos históricos y tácitos de objetivación científica? ¿En qué medida podemos rescatarlos, visibilizarlos y utilizarlos para ubicarnos conceptualmente en un punto de partida para nuestras próximas interpretaciones?

Palabras clave: *Antecedentes, Hermenéutica, Paisajes arqueológicos, Valle del Quimivil*

ABSTRACT. **Deconstructing backgrounds: the definition of archaeological landscapes in Londres (Catamarca) through scientific publications.** In an area for which the literature can be traced back over a hundred years, the Quimivil Valley in Londres, Catamarca, we ask ourselves how

we can build our theoretical background and which possibilities are enabled as we consider these backgrounds to be “useful” products related to our scientific goals. Independently of the particularities of any subject, the way in which we generate and interpret our backgrounds can be helpful to trigger constructive reflections over which we can assume a stance relative to the uses of the past. If not, we run the risk of implicitly generating false ideological adscriptions by omitting critique.

We aim to examine the theoretical propositions that emerge from the analysis of backgrounds corresponding to this area in order to situate and endow them with historicity, with the purpose of making explicit how we understand (ourselves) in a relation characterized by multiple bonds between our empirical archaeological referents, previous interpretative productions, our current goals and our accepted responsibility as producers of “scientific truth”. Based on the use of a hermeneutic approach, we ask which are the scientific and archaeological backgrounds that have been most relevant in the (implicit or explicit) generation of landscape models for the Quimivil Valley. Rather than asking what has been said about the archaeological landscapes in the area, we ask: Which are the ways of looking upon the landscape that have been legitimized through the unspoken and historical mechanisms of scientific objectification? To what extent is it possible to rescue them, make them visible and useful to locate ourselves conceptually at a starting point for our future investigations?

Key words: *Backgrounds, Hermeneutics, Archaeological landscapes, Quimivil Valley*

RESUMO: Desconstruindo antecedentes: a definição de paisagens arqueológicas em Londres (Catamarca) através de publicações científicas. Em uma área de estudo cuja literatura existente remonta a cem anos, o Vale do Quimivil em Londres, Província de Catamarca, nos perguntamos como construir nossos antecedentes e quais possibilidades podem nos permitir, à medida que as concebemos como produtos “úteis” para nossos objetivos de pesquisa. Independentemente das particularidades de qualquer assunto de estudo, a forma como geramos e interpretamos nossos antecedentes pode servir como um desencadeante para reflexões construtivas que resultam em uma posição sobre o uso do passado, ou correr o risco de gerar falsas informações ideológicas implicitamente por omissão de críticas. Propomos examinar os enunciados de peso teórico decorrentes da análise dos antecedentes da área para dotá-los de historicidade e colocá-los para explicar como (nos) entendemos em uma relação caracterizada por múltiplos elos entre nossas referências arqueológicas empíricas, produções interpretativas anteriores, nossos objetivos atualizados e nossas responsabilidades assumidas como produtores de *verdade científica*. A partir das possibilidades oferecidas pelo uso de uma metodologia hermenêutica, nos perguntamos quais são os antecedentes científicos e arqueológicos mais relevantes que geraram (explícita ou implicitamente) modelos de paisagem para a região do Vale de Quimivil. Diferentemente de nos perguntar o que foi dito sobre as paisagens arqueológicas da área, nos perguntamos: quais são os pontos de vista sobre a paisagem que foram legitimados através dos mecanismos históricos e tácitos de objetivação científica? Em que medida podemos resgatá-los, torná-los visíveis e usá-los para nos situar conceitualmente em um ponto de partida para nossas próximas interpretações?

Palavras-chave: *Plano de fundo, Hermenêutica, Paisagens arqueológicas, Vale Quimivil*

Introducción: hermenéutica, verdad científica y antecedentes

La redacción de antecedentes constituye una instancia necesaria para comenzar cualquier investigación, más allá de la temática, área o temporalidad de nuestro estudio. Este proceso no se puede reducir a una mera recopilación de datos y experiencias previas, sino que implica una selección y apropiación de significados que otorgará a nuestra investigación matices teóricos e ideológicos que muchas veces pueden pasar desapercibidos.

De manera tradicional, los antecedentes son utilizados para la fundamentación en su doble acepción: por un lado sirven para reconocer el *principio u origen* de alguna cosa o fenómeno científico que se investiga. Por otro lado, sirven como *motivo o razón* que seleccionamos como conocimiento científico objetivado sobre el cual construir nuestras interpretaciones posteriores. En un área de estudio cuya literatura existente remonta a cien años, nos preguntamos cómo construir nuestros antecedentes y qué posibilidades nos pueden habilitar en tanto los concibamos como productos "útiles" a nuestros fines de investigación. En función de nuestros objetivos, intentaremos hacer un verdadero "uso" de los antecedentes, trascender su rol de reconocimiento a los predecesores o de descripción de una supuesta base sólida pretérita; por ende, buscaremos evitar la reproducción de errores conceptuales que, a través de los años, se replican acríticamente en la literatura consolidándose así como bases "objetivas". Por otro lado, a partir de este primer objetivo, nos proponemos un segundo propósito, el de evaluar, mediados por el método hermenéutico, cómo la mirada sobre los cambios teóricos influye de manera directa sobre los descubrimientos.

Nuestro material de análisis serán las obras publicadas para el sitio arqueológico El Shincal de Quimivil, focalizando en la manera en que fue interpretado aquello que hoy conceptualizamos como paisaje arqueológico. Buscamos identificar aquellas acepciones terminológicas que referían a los paisajes y someterlas a una revisión crítica que nos permita indagar sobre las mutaciones que ha tenido la consideración científica de la espacialidad, el entorno y su lugar en las interpretaciones sobre las dinámicas sociales.

En la selección de antecedentes para el estudio de cualquier área, hay implícito un acto de legitimación de las producciones, ya sea por su valor científico o por su capacidad de disparar hipótesis (como pueden ser los relatos de viajeros o crónicas, incluso los mitos locales). De esta manera, es evidente que siempre se recortará el universo de lo posible de ser incluido en nuestro análisis mediante la pregunta acerca de su relevancia sobre aquello que quiero investigar: ¿Tomo acaso todo lo que ha sido escrito sobre la zona, aunque surja de otra disciplina, afín o no? ¿Prestaré atención a información que, si bien científica, exceda desmedidamente mi recorte temporal, como puede ser la historia geológica del lugar? En base a estas preguntas, nuestro recorte temporal incluirá los primeros trabajos de comienzos del siglo XX hasta la obra de Rodolfo Raffino, quien fue formador de los investigadores que hoy en día generan nuevas producciones científicas sobre el sitio. El criterio para realizar dicho recorte fue seleccionar aquellos antecedentes consolidados en tanto que estos autores ya no producen nueva bibliografía. De los investigadores seleccionados en este recorte, ninguno produce investigaciones en El Shincal. El único de ellos que sigue publicando conocimientos sobre los inkas es Ian Farrington, del cual incluimos un trabajo específico sobre El Shincal del año 1999. Más allá de este importante trabajo no ha producido información propia novedosa sobre el sitio, por lo cual lo incluimos entre aquellos que ya dejaron su sello sin posibilidad de modificar sus propias producciones. Este será el criterio explícito con el cual analizaremos los antecedentes de los trabajos sobre el paisaje en El Shincal. Consideramos que someter a este análisis al trabajo de nuestros contemporáneos, quienes se encuentran ofreciendo nuevas producciones, implicaría un sesgo incluso mayor, ya que estaríamos "poniéndole pausa" a su proceso de desarrollo teórico e interpretativo. A efectos del mecanismo hermenéutico, elegimos obras de autores quienes no producen ya nuevos posicionamientos ni información sobre el sitio.

Independientemente de las particularidades de cualquier tema de estudio, la forma en que generamos e interpretamos nuestros antecedentes puede servir de disparador para reflexiones constructivas que resulten en una toma de posición en torno al uso del pasado, o bien correr el riesgo de generar falsas adscripciones ideológicas de forma implícita por omisión de la crítica. Insistiremos en el carácter de constructo de los antecedentes para superar aquella noción implícita de compilado, revisando, de esta manera, nuestras propias bases de estudio desde una reflexión situada, mediada por el método hermenéutico. Nos proponemos recobrar el sentido interpretativo de la práctica

arqueológica para expresar nuestra postura frente al modelo epistemológico hegemónico que representa a la ciencia como una fuente de verdades empíricas, objetivas y totales, partiendo del hecho que, en el acto de producir literatura arqueológica estamos construyendo "futuros antecedentes".

La investigación científica, de manera muy general, se caracteriza, entre varias otras formas, como un proceso dialéctico *acumulativo* de construcción de saberes. Muchas veces el carácter acumulativo puede resultar en la repetición nominativa y acrítica de ideas que no suelen ser situadas en sus contextos amplios de producción, circulación y operación. De esta forma, los compilados de antecedentes y sobre todo su utilización como fuente argumental para la interpretación arqueológica, pueden funcionar como un foco de expansión de errores conceptuales que se van aumentando a medida que se reproducen y son usados como sustento para nuevas interpretaciones.

Dado que "las circunstancias bajo las cuales las personas hacen su historia son heredadas, y no pueden ser controladas de forma inmediata" (Shanks, 2007), debemos examinar el carácter de *herencia* de aquellas ideas que pueden dirigir e influir determinadas interpretaciones, valiéndonos de la hermenéutica. Esta última no trata tanto de "qué entendemos", sino de "cómo lo entendemos" (Johnsen & Olsen, 1992, p. 420) y nos lleva a preguntarnos por las condiciones que posibilitan nuestra comprensión. Más allá de meditar sobre el valor de verdad de los enunciados, nos proponemos dotarlos de historicidad y situarlos con el fin de explicitar cómo es que (nos) entendemos en una relación caracterizada por vínculos múltiples entre nuestros referentes arqueológicos empíricos, las producciones interpretativas previas, nuestros objetivos actualizados y nuestras asumidas responsabilidades como productores de *verdad científica*.

Nos referimos a la *verdad científica* con intención de visibilizar un aspecto histórico de la práctica que instaló y discriminó tipos de verdades; aquellas objetivas (relacionadas a las ciencias, especialmente a las llamadas "duras") de aquellas subjetivas o relativas (Rorty & Vattimo, 2006). Raramente los científicos hablan de la verdad en sí, sino que dan por asumidos grados de certeza y generan categorías propias donde situarla, un gradiente de valor de verdad que se desplaza desde lo refutado hasta la ley. Así, el discurso científico supo quitar de la mesa de debate su postura frente a la verdad, para poner en marcha mecanismos de legitimación absolutos para sus explicaciones sobre el mundo, basados más bien en conceptos como objetividad y realidad. Entre estos mecanismos de legitimación, tuvo grandes consecuencias la adopción de una mirada de tipo autocéntrica, según lo denomina Evelyn Fox Keller (1991), definida como una separación tajante y pragmática entre el rigor científico y la emoción.

Si se admite, como sugiere Donna Haraway (1995), que el sujeto que conoce es parcial y nunca terminado, que no hay manera de "estar" simultáneamente en todas las posiciones privilegiadas, si se admite la incapacidad de organizar las categorías de la subjetividad en niveles isomórficos, reconociendo su multiplicidad, existe entonces la posibilidad de resemantizar la objetividad desde el posicionamiento, desde el situarse con relación a conexiones parciales con el fin de evitar pretender unirse al otro, o incluso serlo. Bajo esta mirada, es el yo dividido el que tiene una posición ventajosa, el que va a poder decir algo sobre el mundo asumiendo responsabilidad por un desplazamiento de una mirada tradicional totalizadora que se ha construido como única (Haraway, 1995).

Es la resemantización de la objetividad la que permite entonces asumir una perspectiva científica interpretativa para investigar sobre el mundo sin subyugarlo desde posiciones autoritarias. La interpretación hermenéutica se posiciona como una forma de superación a las demandas sobre la verdad y la realidad tal cual las plantea la filosofía tradicional, que aún resuenan en la voz del sentido común bajo la forma de demandas sobre una objetividad aséptica y científicista.

La hermenéutica propone un método para recuperar las subjetividades de partida, los valores intuitivos o de empatía que, por el mismo mecanismo autocéntrico en la construcción de conocimiento científico referido a priori, son desplazados a la fuerza por fuera de los textos. Las opiniones previas y los prejuicios, lejos de ser un objeto a desplazar, se tornan fundamentales para que el texto "pueda

presentarse en su alteridad y obtenga así la posibilidad de confrontar su verdad objetiva con las propias opiniones previas" (Gadamer, 1977, p. 336).

A partir de estas consideraciones teóricas, queda claro que los antecedentes de estudio otorgarán información en función de la necesidad que sea impuesta desde los objetivos de estudio actuales, trascendiendo su doble efecto tradicional de fundamento por un lado y reconocimiento por el otro. La contextualización e interpretación de los subtextos que emergen del análisis bajo una lente anacrónica, permiten evaluar este doble sentido y establecer relaciones con las conceptualizaciones modernas.

A partir de estas reflexiones, nos preguntamos cuáles son los antecedentes científicos y arqueológicos más relevantes que han generado (explícita o implícitamente) modelos de paisaje para la región del valle del Quimivil, con el fin de explicitar cómo es que nos situamos en el marco de nuestras investigaciones actuales en un ejercicio de revisión teórica.

Para nuestro análisis vamos a tener en cuenta datos sobre las fuentes que parecieran quedar por fuera del texto con el fin de articular interpretaciones aspirando a una "fusión de horizontes", en un sentido gadameriano, considerando que "lo que exige ser interpretado en un texto es su sentido, y el acto de su apropiación es más una fusión del mundo del lector y del mundo del texto que una proyección del intérprete sobre el texto" (en Ricoeur, 2004, p. 20).

Diferente a preguntarnos qué es lo que se ha dicho sobre los paisajes arqueológicos de la zona, nos preguntamos: ¿Cuáles son las miradas sobre el paisaje que han sido legitimadas a través de los mecanismos históricos y tácitos de objetivación científica? ¿En qué medida podemos rescatarlos, visibilizarlos y utilizarlos para ubicarnos conceptualmente en un punto de partida para nuestras próximas interpretaciones?

Perspectiva de paisaje: aportes desde el giro ontológico

Desde la antropología permanentemente se plantean cuestiones que no son exclusivamente antropológicas sino que pertenecen a otros dominios, cuestiones fundacionales de nuestra sensibilidad intelectual moderna (Viveiros de Castro, 2013). Es aquí que emerge, como dice Viveiros de Castro la "famosa cuestión" de la relación Naturaleza/Cultura. Lo que nuestra filosofía occidental ha generado con la naturaleza es una verdadera "causa primera". Como tal, funciona como un anclaje ontológico donde las preguntas ¿existe tal oposición entre Naturaleza y Cultura? o ¿es universal tal oposición? se relacionan más bien a la episteme o con maneras de conceptualizar un mundo externo, objetivo y, sobre todo, universal. Siguiéndolo al mismo autor, desde nuestra perspectiva, afirmamos que las preguntas que nosotros instalamos sobre la oposición Naturaleza/Cultura no son las únicas preguntas posibles y que existen otras maneras de formularlas. Lo que se admite al abrir esta posibilidad es la existencia de mundos en donde dicha pregunta no pueda ser enunciada siquiera. ¿Cómo preguntarle a alguien cuyo mundo no permite un concepto de Naturaleza, cual sinónimo de aquello que responde a leyes invariables inintencionadas y que se caracteriza por su casi absoluta exterioridad, cómo es que se sitúa con relación a esta? (Viveiros de Castro, 2013). Este tipo de análisis corresponden ya no a una descripción de la "diferencia cultural" sino al reconocimiento de una diversidad ontológica en torno a la cual el discurso científico puede desplazarse hacia construcciones más justas de los otros. Mientras que hablar de diferencias culturales lleva a pensar en una diversidad de representaciones sobre una misma base ontológica, hablar de diferencias ontológicas nos invita a tomar seriamente estas diferencias como posibilidades reales de abordar el mundo. No es meramente correr un eslabón hacia una meta-ontología, es asumir que aquello que desde la filosofía se ha definido como ontología, es decir, la descripción e inventariado de las posibilidades de existencia de todos los seres y entes, y qué formas de relación son posibles entre ellos, no es universal.

El desplazamiento conceptual, el giro hacia el análisis ontológico tal cual lo representan nuestros contemporáneos Viveiros de Castro, Latour, Olsen y Descola, es un movimiento necesario para poder revisar nuestra propia epistemología. Es útil, sí, en tanto no produzcamos una nueva causa primera situada por encima de la díada tradicional, es decir una “supra naturaleza y cultura”, como una base indiferenciada que se preste a traducirse en ontologías particulares. Desde la disciplina arqueológica, en donde permanentemente estamos creando interpretaciones sobre otros culturales, aplicar de forma práctica la perspectiva ontológica nos propone, desde un marco históricamente constructor de verdades científicas, asumir que las piedras angulares de nuestra visión de mundo (explicadas por la filosofía) no son universales ni pueden determinar las posibilidades de existencia más allá del espacio y el tiempo.

Las premisas ontológicas se enactúan en prácticas que resultan en la construcción de mundos. Si las premisas ontológicas resultan en prácticas corporizadas, ¿se puede recorrer un camino inverso, desde la práctica concreta a la premisa ontológica? Allí es que las narrativas locales pueden dar cuenta de las entidades y las relaciones posibles entre ellas en el mundo (Escobar, 2012). A modo de ejemplo, la premisa dualista moderna se corporiza en una naturaleza recursada, un modo de conocer el mundo y el dominio de lo natural homogeneizándolo, transformándolo en un recurso a ser explotado (Haraway, 1995). Si bien existen modos de poner en duda el carácter separatista de la ontología dualista en nuestro actuar cotidiano (aunque, como recupera Escobar, estos modos estarían estandarizados dentro de la misma ontología), no dudamos al afirmar que una montaña no puede ser un ser vivo. Aunque no esté explicitado en cada narrativa, el carácter inerte de una montaña tiene impactos sobre la concepción de la política moderna sobre el territorio (Escobar, 2012). A propósito del rasgo estructural que pareciera significar esta relación entre ontología y cultura, a los fines prácticos de análisis y las ansiedades que suelen presentar las aseveraciones abstractas en el campo de la arqueología, el arqueólogo Alejandro Haber presenta una observación clarificadora sobre la relación de la teoría y la materialidad: “No se trata de un entramado invisible sino que es perfectamente visible para quien lo conoce” (Haber, 2011, p.15).

Como manifiesta Descola (2009), aquello que desde la antropología históricamente ha sido considerado como un “escándalo lógico”, resultó ser más bien una norma que una excepción. Con relación a nuestro tema de interés, la apertura teórica hacia las diferencias ontológicas, a ontologías relacionales y no dualistas, nos permite captar ese “algo más” (Escobar, 2012) que supone la interpretación de un territorio, más allá de un rol predeterminado como base material para la reproducción humana.

¿Por qué el paisaje?

Sin detenernos demasiado en la caracterización que se hace de los paisajes arqueológicos desde el paradigma de la teoría de los paisajes, resulta casi axiomático decir que los paisajes no son sinónimo de ambientes naturales y que, desde una perspectiva fenomenológica tampoco son exclusivamente “mundos construidos” ni de producción enteramente cultural.

La construcción teórica de los paisajes desde la disciplina arqueológica se yergue como un paradigma para considerar un conjunto de relaciones entre seres y entornos. Citando a Anschuetz *et al.* (2001) y su síntesis sobre el desarrollo del concepto, recordamos que los paisajes 1) no son sinónimos de ambientes naturales, son parte integral del *habitus*, término acuñado por Pierre Bourdieu, 2) no son mundos de producción cultural o sinónimos de “mundos construidos”, 3) son el campo de acción para todas las actividades de una comunidad. Allí la gente no sólo construye sino que vive y se sostiene, y que 4) son construcciones dinámicas, con cada comunidad y cada generación imponiendo su propio mapa cognitivo en un mundo antropogénico de morfología, disposiciones y significados coherentes interconectados. Un enfoque desde los paisajes aporta un encuadre, un marco histórico y cultural para evaluar e interpretar diversas observaciones sobre la variabilidad espacial y temporal en la estructura y

organización de los restos materiales. En palabras de Tim Ingold (2000), paisaje y temporalidad son los temas unificadores entre la arqueología y la antropología social.

Pero sobre todo, el concepto de paisaje es relevante en la manera en que los arqueólogos y arqueólogas presentamos nuestra disciplina a otro público. Como los paisajes comunican información sobre cómo las comunidades han interactuado con su ambiente a través del tiempo, sirven como un medio para el diálogo transcultural sobre la construcción y reproducción de filiaciones con los lugares (Anschuetz *et al.*, 2001).

Al ser una abstracción sintética, los paisajes proveen de un concepto unificador para perspectivas en contraste. Podría pensarse, también, que el paisaje es la matriz sobre la que se genera, reproduce y cambia la vida social, codificado en un conjunto de normas que no necesariamente se representan conscientemente en la experiencia individual (Descola, 2012). La concepción de matriz en este caso sirve al nivel epistemológico del presente apartado, sin que ello reactualice la metáfora de escenario criticada a las visiones tradicionales de paisaje. Por otra parte, al presentarse como un conjunto de significados ordenados y ordenantes de múltiples dimensiones de la cultura (Pérez Galán, 2010), dejan huellas materiales que, por supuesto, se vuelven particularmente relevantes para la arqueología en su intento de comprender los otros mundos sociales que habitaron el pasado. La perspectiva de los paisajes nos permite recobrar una dinámica y restablecer relaciones interpretativas que han sido atomizadas como efecto colateral de las (necesarias) especializaciones metodológicas. La perspectiva de los paisajes puede ser, entonces, el "patrón que conecta" del cual hablaba Gregory Bateson (1978, en Anschuetz *et al.*, 2001).

La visión de los pioneros

Comenzaremos la identificación de los modelos de paisajes según lo expuesto a priori considerando los antecedentes más relevantes construidos para el sitio El Shincal de Quimivil. Para ello tomaremos un criterio cronológico, destacando algunos datos de los autores que nos permitirán dimensionar y contextualizar ciertas afirmaciones que devinieron posteriormente en visiones objetivadas sobre el área.

Desde 1876 a 1922 los Anales de la sociedad Científica Argentina emitieron publicaciones periódicas con la misión explícita de contribuir a la motivación de la vocación científica en Argentina. Es en el marco de estas publicaciones que rescatamos las siguientes citas de Hilarión Furque (formado como militar y como ingeniero hidráulico), quien publicó en 1900 las primeras descripciones e interpretaciones sobre las ruinas halladas en Londres de Quimivil:

"Siguiendo mi inclinación a buscar elementos que puedan contribuir a esclarecer los hechos oscuros de la historia de nuestro país, acabo de encontrar las ruinas de una ciudad fortificada, (...) Está llena la provincia de monumentos en que debe fundarse su historia y es necesario restaurarlos del olvido antes que el tiempo acabe con ellos" (Furque, 1900, p.170).

Si bien parado en el paradigma científico naturalista del siglo XIX, las palabras de Furque hacen eco de las premisas iluministas del siglo anterior en tanto la ciencia se presenta como vía para "esclarecer" aquellos "hechos oscuros" de la historia. Este momento de producción científica encuentra su contexto y causa en una definición de Estado que, parafraseando a Irina Podgorny, se encuentra entretejida con la idea de que los indios que habitaron el suelo nacional sólo lo habían hecho por un instante breve, en los momentos previos a la civilización que llegó posteriormente con la conquista (Podgorny, 1999). Furque se impone así el rol de "apuntador de datos para nuestros historiadores", donde cree hallar una pieza clave dentro de la historia de la provincia de Catamarca: la primera Londres. Hay que remarcar que entre los muros de aquellas ruinas cree ver la mano española, eliminando así la posibilidad que indígenas americanos pudieran haber llegado a tal desarrollo arquitectónico. Pero, además, en un contexto donde apenas se extraía del molde la joven Nación

Argentina, los actos de fundación, en el sentido de Ricoeur (2008), eran muy requeridos aunque fueran aún tibios y casi amorfos productos maleables. Furque se asume en la búsqueda de los mismos e intenta contribuir, a través del uso de la historia como herramienta fundamental para la construcción de estos actos, en el montaje de una colección de hechos empíricos relevantes para hablar de un ser nacional.

En este contexto ideológico que necesariamente sostiene un interés estatal geopolítico, exploradores militares como Furque construían interpretaciones a través del mismo lente. Su óptica militar también sugiere la rápida asociación que hace de las ruinas con una “ciudad fortificada”, aunque él mismo reconociera que la visibilidad de las mismas resultaba casi nula. No podemos atribuir a la frondosidad del monte el yerro de observar una “ciudad fortificada”. Del mismo modo, Furque implanta una idea que va a ser retomada una y otra vez; el carácter estratégico del sitio. Basado en el contraste arquitectónico con los pukarás indios, por más que los planos del sitio fueran en gran medida especulativos, junto con el reconocimiento de cultivos europeos, Furque asumió que la instalación española habría precedido a la indígena. Sólo eso podía explicar que los habitantes locales pudieran haber cultivado y vestido a usanza española, es decir; debía existir un modelo importado sobre el cual sentar bases. “...los muros bien aplomados y alineados, el canal y hasta la elección del terreno, todo demuestra que se trata de hombres mucho más adelantados que los calchaquíes...” (Furque, 1900, p. 168).

Si retomamos la discusión sobre el valor científico de verdad, fitogeografía, hidrología, incluso arquitectura, han funcionado en la historia de la arqueología como datos de un valor epistemológico particular. Más cercanos a un extremo objetivo, desligados en apariencia de los sesgos implícitos de la interpretación, estos ejes han funcionado como descripciones escenográficas sobre las cuales las acciones humanas toman lugar a la espera de su análisis e interpretación científica. Sustentado en descripciones supuestamente objetivas como la vegetación, arquitectura y hallazgos arqueológicos, sus afirmaciones fueron el resultado de un contraste sesgadamente ideológico de las capacidades mentales entre españoles e indios, ya que los últimos no habrían sido capaces, bajo su óptica, de construir tales estructuras defensivas. Esto hizo que inclinara su interpretación hacia el hallazgo de una vieja instalación española, reduciendo así la profundidad histórica de los habitantes originarios de la zona y estableciendo afirmaciones sobre la complejidad del mundo conceptual español ideológicamente superiores.

Siete años después, en 1911, Carlos Bruch publicó una síntesis de sus viajes de exploración y planteó así sus objetivos: “(...) vengo a publicar en esta memoria, sin otras pretensiones que la de contribuir al mejor conocimiento de los aborígenes de aquellas regiones” (Bruch, 1911, p.V).

Con un estilo modesto, su versión de ciencia difiere de la pretensión iluminadora de Furque. Los viajes de exploración de Carlos Bruch por el Noroeste argentino (NOA) tuvieron un enfoque integral sobre el área; no sólo contribuyó a aumentar el acervo de la colección entomológica del Museo de la Plata donde se desempeñaba como especialista entomólogo y fotógrafo, sino que realizó contribuciones a las colecciones de flora y al conocimiento arqueológico. Los detalles registrados abundan en descripciones cargadas de las percepciones frente a los paisajes del lugar, donde admite su admiración, su impresión de viajero. En Bruch se va a desplegar el resultado de su arte fotográfico en una serie invaluable de láminas que nos acercan al paisaje de la época. A partir de la pregunta por la mirada antropológica y la relación con la fotografía como dispositivo, Alejandro Martínez expone información valiosa sobre la producción científica de Bruch. Sus reflexiones, conforme a nuestro propósito hermenéutico, son interesantes; admite que “a pesar de que muchos trabajos insisten en que los viajeros del siglo XIX desconocían la existencia de indígenas contemporáneos, las fotos y los comentarios de Bruch revelaban todo lo contrario” (Martínez, 2012, p. 40), hecho que se comprueba en la lectura de los relatos de expedición. La mirada científica se desplaza de lo descriptivo para

plantear seriamente la pregunta por la continuidad y las relaciones entre los grupos actuales y los constructores de las ruinas.

En este momento de producción, la lógica de los museos se encuentra (y lo hará por mucho tiempo más) centrada en los objetos (Alderoqui & Pedersoli, 2011). Como representantes de uno de los museos más prestigiosos a nivel mundial, los exploradores del Museo de La Plata solían adentrarse en el incipiente territorio nacional con el objetivo de recuperar la mayor cantidad de objetos enteros y de alto valor estético. Sin embargo, Bruch toma postura ante el método científico del momento, particularmente sobre la manera en que se construían las colecciones arqueológicas y deja por escrito en un intercambio epistolar su disposición a realizar excavaciones de forma debida (para los cánones del momento) y recuperar colecciones pequeñas, tal vez fragmentadas, poniendo en valor el registro de los datos de hallazgo por sobre la cantidad y calidad de los objetos (en Martínez, 2012, p. 41). Las ilustraciones que aporta en su libro jerarquizan una materialidad arqueológica que para el momento resultaba insignificante: el tiesto arqueológico tiene el mismo peso de evidencia que un objeto completo. Por ejemplo, el fragmento de pieza "draconiana" hallado en las ruinas de Londres fue un disparador para que años posteriores González incorporara la zona en su modelo sobre el valle de Hualfín (González, 1951-1957).

En cuanto a su trabajo específico en las ruinas de Londres, caracterizó la vegetación como autóctona: mimosas, breas y chañares, sin mención alguna a los cultivos introducidos (en claro y llamativo contraste con lo descrito previamente por Furque quién reparó marcadamente en los cultivos europeos) y destacó la frondosidad de los bosques naturales que resultaba en la poca visibilidad de las ruinas (Bruch, 1911). Antes de describir las construcciones advirtió que, por causa del clima, los aguaceros y la cobertura vegetal, no pudo "hacer un relevamiento prolijo de cuanto allí había" (Bruch, 1911, p. 165). En cuanto a las conclusiones sobre el tipo de sitio en cuestión, Bruch no consideraba que las evidencias de las ruinas junto con los antecedentes conocidos sobre la fundación de Londres fueran suficientes para afirmar si el asentamiento se adscribía a una ocupación indígena o colonial. En sus conclusiones admite que habrían sido "al menos en parte (...) poblaciones de origen español" (Bruch, 1911, p. 164), más que nada por considerar la relación con las fundaciones tempranas de los pueblos coloniales. Sobre las ruinas, opina que tienen un carácter distintivo pero que no eran tan especiales como el Pucará de Aconquija, que forman ellas un gran fuerte, de alto mérito estratégico (Bruch, 1911), discutiendo así la visión previamente planteada por Furque atribuyendo carácter de fortaleza y de emplazamiento estratégico desde una perspectiva militar.

Las ruinas del Simbolar: primeros trabajos arqueológicos

Los primeros estudios científicos de la mano de profesionales de la arqueología fueron llevados adelante por el doctor Alberto Rex González, enfocados en los campos de Belén y luego en el Shincal y sus inmediaciones (1959, 1966). Desde la década del '50, González puso en marcha un plan de investigaciones sistemáticas en el valle de Hualfín, apelando a un enfoque histórico de amplia profundidad temporal.

Uno de las principales preocupaciones planteadas por González refería a los estudios cronológicos del Noroeste argentino. En sus trabajos más tardíos va a reconocer que "hasta los '50 en la arqueología argentina -salvo excepciones- no existía la dimensión temporal" (González, 1998, p. 29). Para el momento en que él comienza sus estudios en el valle de Hualfín, ya se contaba con la información aportada por las misiones arqueológicas financiadas por Muniz Barreto en la década del '20; González por un lado, identificaba como principal problema de la arqueología el fechar correctamente la antigüedad de cada cultura ya que "Evidentemente, entre postular que todo lo que era del Noroeste argentino pertenecía a los diaguitas y tratar de construir una secuencia que pudiera abarcar dos o tres mil años había una gran diferencia" (González, 2000, p. 274). Por otro lado, tiempo atrás había

enunciado una advertencia sobre la réplica de ideas ya refutadas en el campo de la arqueología: “su verdadero interés cobra relieve cuando pensamos que, en artículos recientes y en muchos manuales de uso, sigue afirmándose aún la contemporaneidad de todos o la mayoría de los restos hallados en el noroeste argentino, y que, hace menos de una década los arqueólogos no soñaban ni remotamente con la posibilidad de una cronología absoluta” (González, 2000, p. 229).

Los trabajos de González influyeron a nivel metodológico en los estudios de corte regional. En el año 1952 presentó un trabajo en la Revista Nacional de Aeronáutica tras participar en vuelos sobre el Valle de Hualfín, donde exponía el potencial del trabajo con fotografías desde la altura. Fue pionero en cuanto al uso de nuevas técnicas para la investigación, pero más allá de su capacidad para innovar metodológicamente, aportó a la mirada teórica sobre la práctica arqueológica. González fue un defensor de una práctica científica compuesta entre una objetividad que significa rigor en las explicaciones de las causas y los orígenes, de las descripciones cuantitativas, pero que no se alejara de la apreciación y el valor de las cosmovisiones de los pueblos que “dejaban” los restos materiales. Es importante reconocer en González una verdadera preocupación en superar esa dicotomía entre la ciencia y la mirada artística, que en términos positivistas se traduce a una dicotomía reforzada que establece distancia entre lo práctico-utilitario y lo simbólico. González se pregunta “si el símbolo es lo que define al hombre como ser cultural, ¿Es posible que lo simbólico no juegue ningún rol en el proceso evolutivo?” (González, 2000, p. 277). Desde un marco teórico evolutivo, reconoce que la ciencia ha separado de manera forzada el espacio de lo simbólico de las explicaciones práctico-utilitarias.

El espacio habitado por los antiguos pobladores prehispánicos supo ser definido de acuerdo a los lineamientos de la escuela histórico cultural en su variante norteamericana. Según este marco teórico cada cultura, como cuerpo social homogéneo se adapta al ambiente en el que vive y para entenderlas es necesario entender su distribución geográfica y su relación con el medio (González & Pérez, 1976). Justamente Cultura se define como sistema armónico estructuralmente integrado internamente como en sus relaciones externas con el medio ecológico. La explicación de la secuencia cultural, en tanto fenómeno con carácter evolutivo, presupone la definición de espacio y dentro de éste los aspectos ecológicos incidentes. La razón de la arqueología debía ser la búsqueda de principios básicos que rigen la dinámica cultural, circunscriptos arqueológicamente dentro de áreas, subáreas o regiones y la explicación de una historia arqueológica que reconstruye las secuencias temporal. El Shincal, ubicado al sur del valle de Hualfín, no solo fue incorporado en el periodo inkaico de la secuencia maestra, sino que compartió lugar con los sitios ubicados en el corazón del NOA, en la demarcación ecológica con mayor potencial para el desarrollo cultural, la renombrada región de Valles y Quebradas. Aquí las culturas tuvieron sus rasgos más definidos dado que las características del medio posibilitaban una agricultura intensiva, otorgando excelentes condiciones para el desarrollo evolutivo humano. Las regiones circundantes se convirtieron en periféricas manifestaciones que asimilaban los rasgos culturales que irradiaban desde este centro productor. Pero el NOA se insertaba en planos escalares donde al mismo tiempo constituía una región periférica. En un análisis a mayor escala la región Andina Central producía los elementos que serían difundidos hacia regiones de menor desarrollo, llegando a las mismas muchas veces como formas distorsionadas y/o decadentes. Con esta lógica es pensada por González (1980) la ocupación inkaica del NOA. La distancia a los centros del Perú, el Cusco principalmente, incidió en los aspectos de la ocupación imperial. Fue en una escala menor, con un desarrollo demográfico, tecnológico y arquitectónico de escala reducida en comparación con el centro. El factor fundamental fue el desarrollo social de las poblaciones nativas que, en palabras del autor, no superó el nivel de señoríos. El principal objetivo del inkario fue la explotación de recursos, el metal de cobre fundamentalmente. Para el autor, El Shincal funcionó como un tambo principal cuyas principales tareas estaban relacionadas a la administración política y económica y el resguardo de los viajeros que transitaban el camino inka.

En cuanto a la interpretación puntual que realiza sobre el sitio El Shincal, la arquitectura y la cerámica le permiten ser el primero en reconocer que está ante un sitio Inka. En un trabajo de descripción minuciosa, se pregunta si las diferencias entre unidades arquitectónicas registradas responden a dos etapas de ocupación o responden a diferencias funcionales. Consciente de la falta de evidencias, arriesga una interpretación hacia la segunda propuesta. Entre todas las estructuras conocidas a la fecha en el sitio, González trabaja sobre un sector que denomina, en su momento "ruinas del Simbolar", por situarse a la vera del cauce seco que lleva ese nombre.

Más allá de la relevancia de las innovaciones técnicas aplicadas por González en lo relativo a los estudios de tipo regional y espacial, junto con los aportes conceptuales para la descripción de la zona, sus trabajos otorgaron las bases para plantear sólidamente una historia de ocupación prolongada en la zona. Ya nos encontramos lejos de la novedad en cuanto al reconocimiento ideológico de la preexistencia y profundidad de los habitantes locales, plasmada científicamente a partir de la cronología diseñada para el valle aledaño de Hualfín (González & Cogwill, 1975).

Rodolfo Raffino y la inauguración de "El Shincal de Quimivil"

Desde las publicaciones de González a fines de los '60 los estudios arqueológicos en la zona quedaron en suspenso hasta la década del '80. En aquel momento la arqueología nacional (así como tantas otras ciencias sociales y "duras") atravesaba una crisis profunda relacionada con el contexto socio-político en el marco de la última dictadura cívico-militar, en el cual la mayoría de los investigadores en arqueología se encontraban proscritos o exiliados (González, 2000).

En la década de 1990 Rodolfo Raffino, retomó los trabajos sobre el sitio El Shincal. Su producción sigue una lógica enmarcada en un neoevolucionismo cultural con vectores multilineales y aportes del modelo de Service. Desde aquí sus fundamentos teóricos pueden resumirse en varios de las siguientes expresiones: "La arqueología es una ciencia empírica cuyo campo de estudio recalca en vestigios de la cultura material. Diversas manifestaciones integran su base documental. Ruinas de poblados (...), artefactos artesanales (...) explotación de recursos para la subsistencia, (...) necesidades básicas (...). Otro grupo se vincula con el arte y la religión (...) un sexto conjunto de datos concierne al paisaje y ambiente donde se asentó la cultura, como el clima, la fauna, la flora y la topografía" (Raffino, 2007, p. 39). Raffino generó numerosos modelos para describir las ocupaciones prehispánicas en Argentina, sistematizando rasgos arqueológicos y esbozando modelos de subsistencia en referencia a parámetros ecológicos y tecnológicos para cada área. Asimismo desarrolló una sistematización de elementos para describir el grado de ocupación inka. Se refirió a la misma como una "taxonomía arquitectónica y urbanística". La imposición de monumentales edificios y estructuras arquitectónicas como el ushnu, la plaza y las kallankas, agregándose el camino, se convierten en los parámetros para evaluar el grado de dominio inkaico sobre los espacios conquistados. El Shincal es medido y clasificado de acuerdo a estos parámetros y, en consonancia, es definido como el sitio de mayor porte, ícono de la presencia inkaica en el Noroeste argentino. A propósito de la relación entre el inka y el territorio, Raffino sostiene una "domesticación del paisaje", donde se cristaliza una perspectiva de completo dominio humano sobre el espacio. Los inkas habrían compuesto parte de la élite de civilizaciones del mundo, junto a los egipcios, sumerios, aztecas entre otros, que se destacaron por encima de los otros pueblos justamente por domesticar "todos los paisajes que se cruzaron en su derrotero" (Raffino, 2010, p. 826). Puntualmente, sobre la noción de paisaje, más allá de la visión naturalista y determinista expresada en la cita anterior, Raffino dedica un texto completo a la opinión sobre el cambio de paradigma representado en la arqueología del paisaje. Expresa su preocupación sobre si la tendencia significará cambios reales u operará como un "mediático maquillaje" (Raffino, 2010). Expresa, además, que ese concepto de paisaje tal como es introducido desde las nuevas perspectivas, juega como reemplazo para los conceptos de hábitat, espacio, territorio o región. Es, en

sí mismo, un término mediante el cual se incorporan las variables sociales, artísticas ideológicas y simbólicas (Raffino, 2010).

Específicamente sobre el sitio, Raffino fue el primero en realizar una investigación sistemática a largo plazo tomando como foco todo el perímetro de las ruinas (ver Raffino, 2004 para una síntesis de las investigaciones). No es menor el hecho de que, bajo su dirección, el sitio fuera delimitado y cercado formalmente, y en 1992 fuera declarado monumento histórico nacional. Es en ese momento que, aquello que históricamente y localmente era conocido por los pobladores actuales como “las ruinas”, es bautizado formalmente desde la arqueología bajo el nombre “El Shincal de Quimivil”. En paralelo con la puesta en valor y la reconstrucción de las estructuras públicas principales comienza una catalogación de los edificios, de donde surgen epítetos como *ushnu*, plaza *aukaipata*, *kallankas*, cerros aterrizados, *atalaya* y *sinchiwasi* o casa de los guerreros. También pone en marcha las excavaciones sistemáticas en la búsqueda de comprender la dimensión funcional de cada espacio (Raffino, 2004).

Ian Farrington, el advenimiento de los paisajes rituales

En 1992 el geógrafo australiano, especialista en arqueología inka, publica un artículo donde destaca la fundamental importancia de la geografía cercana al Cusco en cuanto al valor sacralizado que se le imponía. Como ya lo probara Zuidema (1995) con la teoría de los ceques, Farrington (1992) revela, a través de registro arqueológico y crónicas antiguas, un entramado de líneas directrices y espacios *waka* (sagrados) que ordenaban aspectos fundamentales de la organización social y política inkaica. Desarrolla en otro artículo (Farrington, 1998) la noción de Nuevo Cusco, reparando en las características y sentidos de asentamientos de provincia particulares que emularían características simbólicas de la capital inka, sobre todo lo vinculado a los rituales más importantes. Huánuco Pampa, Punpu o Tomebamba habrían sido concebidos por los cusqueños como espacios de primacía en cuanto a disposición espacial en territorios extensos. El Shincal, tomado como objeto de estudio a fines de la década del ‘90, si bien no despega de la definición clásica de “centro administrativo”, es interpretado con mayor énfasis como capital ceremonial.

El nuevo mapa levantado con tecnología de Estación Total superaba en precisión a los anteriores de Furque, González o Raffino y podría decirse que fue el primer gran aporte de Farrington a la investigación sobre El Shincal (Farrington, 1999). La representación cartográfica fue fundamental para establecer los patrones espaciales que detectaban planificación en la disposición arquitectónica así como una búsqueda singular de relacionar el espacio circundante. Farrington, a partir de su vasta experiencia de trabajo en sitios de Perú, sabía que probando la obsesiva planificación inka por las disposiciones cardinales, los patrones métricos y la búsqueda de simetrías, descubriría los Nuevos Cusco. Fue el primero en descubrir las relaciones cardinales con cuatro cerros pequeños circundantes y en advertir sobre el carácter ritual de muchos edificios. Es evidente que continúa con el espíritu de los trabajos de Hyslop, quién impone una vasta paleta de categorías arquitectónicas, oscilando permanentemente entre lo descriptivo y lo interpretativo. Las descripciones de ciertos rasgos del paisaje inka son precisas y acertadas para descubrir la ceremonialidad. Por otro lado arriesga categorías clasificatorias de los edificios otorgando funciones a varios de ellos como por ejemplo las *kallankas*. Reconoce, basándose en los trabajos previos de Raffino, siete de estas rodeando la gran plaza.

Su apuesta mayor para resaltar los atributos inkas del sitio remite a las mediciones muy precisas ya que detrás de las mismas se reconocería un insoslayable patrón inkaico. Las medidas reconocidas como parte de un esquema antiguo de unidades llamadas *rikras* y *sikyas* buscan rescatar una lógica inka de precisión ritual plasmada en la arquitectura. Los esquemas de simetrías juegan también un rol fundamental en sus percepciones para la clasificación espacial, al igual que la importancia de las orientaciones cardinales. El conjunto de estas particularidades componen un escenario donde el

fenómeno ritual se plasma como actor principal para entender las decisiones inka al momento de asentarse en territorios lejanos del Cusco. Lo sagrado conforma una red simbólica que permite ordenar el espacio intervenido, imitando los patrones cusqueños. Por ello, según el autor, tendría sentido recurrir a la noción de Nuevo Cusco.

Debatiendo con los antecedentes

Sería relativamente sencillo, luego de un análisis de la bibliografía consultada, visualizar cómo los modelos de paisaje para la zona variaron a través del tiempo. Pero esto no puede concebirse como una inevitable sedimentación de ideas recorriendo un supuesto camino lineal evolutivo donde una interpretación previa es superada por otra mejor luego de la acumulación de nuevas evidencias. Jacques Rancière (1993) expone que la construcción de un discurso histórico -agregamos que el discurso arqueológico bien podría incluirse aquí- se constituye en un discurso de verdad en tanto establece una relación positiva con la ausencia. Esta relación (en tanto el hecho ha transcurrido, la cosa *en sí allí no está*, asimismo, nunca estuvo ya que jamás ha sido tal como lo que se dice de ella), expone un panorama común a las ciencias en su carácter develador. La ciencia (los científicos), operan sobre la realidad aplicando ciertos métodos para decir algo sobre ella, que, sin su intervención, continuaría oculto para la sociedad (Rorty & Vattimo, 2006). Esa intervención no se agota con la decodificación de evidencias arqueológicas, materialidades en nuestro caso, y el develado de unas supuestas características autoevidentes que reflejan esos testimonios incuestionables del pasado.

Lo que se pone en juego en una interpretación arqueológica no se reduce (ni se debe reducir) a disputas sobre la fidelidad de las representaciones del pasado. Por el contrario, son los intereses concretos sobre el uso del pasado que, en caso de no tenerlos identificados de forma explícita, pueden ser funcionales a la reproducción de posturas políticas e ideológicas que refuerzan los relatos hegemónicos no cuestionados. Las preguntas formuladas por Tilley (1989) -¿por qué estos conceptos en vez de otros? y ¿qué tipo de arqueología o visión del pasado producen estos conceptos?- pueden resultar clarificadoras en este sentido; no propone tirar por la borda los conceptos vigentes siempre y cuando sigan siendo aplicables, ni centrarse únicamente en discutir si los conceptos arqueológicos describen de forma verdadera o falsa las acciones pasadas. La búsqueda de contrastación/refutación suele ser central en los trabajos de revisión de antecedentes y, en muchos casos, tiende a reforzar el aspecto totalizador de la construcción científica de verdades. La pregunta sobre el rigor metodológico y la certeza, como lo plantean Shanks & Tilley (1987), no debe dejar por fuera la relación entre el poder y la verdad. Lejos de proponer una anarquía interpretativa, reafirman una resistencia de los datos y el registro arqueológico a la subjetividad, en la cual no cualquier cosa puede ser dicha sobre el pasado en tanto afirmamos el carácter empírico de la disciplina. Completando esto último, la reflexión de Schepher-Hughes (1997) sobre la antropología en general puede ser bien pertinente: "nuestro trabajo aunque empírico no tiene por qué ser empiricista" (Schepher-Hughes 1997, p. 34). Se buscan datos fácticos, de otra forma no nos molestaríamos en ir al campo, pero aunque se resistan a nuestra subjetividad, no por ello, esta última puede ser anulada.

Los investigadores precedentes en la región de Londres realizaron construcciones sobre el pasado basadas en la dialéctica de las "presencias" que imponen los datos empíricos y las "ausencias" de lo que no está (en el sentido de Rancière, 1993), vacío epistemológico completado mediante una composición compleja de modelos teóricos, presupuestos e ideología. Así surgieron las particulares visiones de época aplicadas al paisaje, cada una reclamando su poder de verdad, cada uno con su bagaje de evidencias percibidas e interpretadas según los propios conceptos internalizados pero que en alguna forma oponían resistencia a las subjetividades. Un juego complejo y difícil de desentrañar hermenéuticamente, pero necesario de hacer para no desestimar las producciones del pasado ni tomar dogmática y acríticamente los postulados sobre el pasado a la manera de adoración de supuestos

héroes civilizadores por el solo hecho de antecederlos en la producción científica. Revisemos reflexivamente los casos. Comenzábamos en orden cronológico por Furque y su búsqueda de ese "ser nacional" aún en formación primigenia. Si bien éste no tenía formación académica en el sentido estricto actual, sus publicaciones en los anales científicos ponen su discurso a circular en una arena de alcances políticos donde su palabra se consolida como un antecedente para la elaboración de ideas científicas. Es claro reconocer hoy el sesgo ideológico de sus premisas y los forzados modelos eurocéntricos sobre la estructura débilmente insinuada de las ruinas en Londres. El mapa es quizás el mejor ejemplo del juego interpretativo de una percepción atravesada por su ideología de época y su biografía personal. Probablemente no pueda existir plano más impreciso, ni aun contemplando la dificultad que presentaba a la visibilidad del sitio la espesa mata de monte autóctono. Vio su fortaleza española, justificada en las legendarias referencias a la primera Londres de Pérez de Zurita y en las breves observaciones de los lugareños que cultivaban trigo.

En las obras de Bruch, aunque contemporáneas con Furque, se identifican actitudes hacia la evidencia que contrastan fuertemente con éste último. Al advertir que los modelos previos sugeridos por Furque no encuentran contraste en las ruinas de escasa visibilidad, Bruch da lugar a la duda, a la ausencia de información y deja en suspenso sentencias que puedan forzar adscripciones identitarias. Actitud extraña para una época de certezas científicas. Donde Furque carecía de información, importó un modelo para el contraste, suponiendo calles y paralelismos típicos de los asentamientos militares españoles. En cambio, donde Bruch carecía de información, planteó inferencias a partir de estructuras análogas del mismo sitio, como por ejemplo al inferir la existencia y ubicación de la entrada de algunos recintos.

La particular relación de Bruch con la materialidad arqueológica se adelanta varias décadas a la postura imperante de su época. Los objetos ya no son solo valorados en función de su estética. Rompe la dicotomía impuesta por las piezas completas y decoradas desprovistas de contexto versus los fragmentos incompletos recuperados con rigor científico. La apertura de Bruch a la colección de objetos que en el pasado inmediato hubieran sido descartados por no ostentar valor patrimonial nos introduce a un cambio en curso en la manera de pensar el pasado. Corriendo el foco de lo estrictamente metodológico, el contexto académico del momento comienza a construir el andamiaje de lo americano nativo. Las publicaciones de Bruch y Furque fueron contemporáneas a la célebre reunión de Americanistas realizada en Buenos Aires en 1910. La discusión sobre la cuestión indígena tomaba agenda allí de forma paradigmática; no sólo el tema era incorporado en los debates sino que por primera vez, el congreso de americanistas extendía talleres para ser realizados en suelo americano. Las posturas del momento no eran de ninguna manera uniformes, pero en líneas generales se debatía qué acciones debía tomar el Estado ante la inminente "desaparición" del indígena (Podgorny, 1999).

Con las obras de González, ya adentrados en la historia de los estudios específicamente arqueológicos para el Noroeste argentino, la profundidad temporal de las ocupaciones prehispánicas ya no es objeto de discusión. El reconocimiento de la preexistencia de pueblos previos a la intrusión española se encuentra consolidado en el ámbito científico y González realiza numerosos aportes a la visibilización de la heterogeneidad en las identidades culturales de la zona, diferente a aquella masa "diaguita" que se había convertido en la literatura arqueológica en sinónimo de prehispánico.

Vemos desde Furque hasta González el tránsito teórico por un paisaje conquistado (y a conquistar), donde la geografía y el entorno se relacionaban con los humanos en términos de estrategia y geopolítica. Se transita desde un paisaje natural marco donde la actividad humana se instala, hasta un paisaje regional de matices diversos, donde las relaciones con el entorno sugieren variaciones temporales y dinámicas regionales. Poco a poco, con González a la cabeza, aparecen los atisbos de un paisaje con historicidad, donde se perciben dinámicas regionales, locales, desde las primeras aldeas formativas hasta más allá de la llegada incaica. El gran mérito de González en relación con el puntual desarrollo de la arqueología regional es el de dar protagonismo a la cronología y a la dinámica social,

lo cual fue posible desde su marco evolutivo y su interés por el surgimiento, cambio y declive cultural (González, 1998). En 1970, en el discurso pronunciado en el congreso de americanistas, González expone abiertamente su postura frente al uso del pasado: "No será copiando puntualmente los modelos de todo lo que nos llegaba rigurosamente terminado de los viejos centros que afianzaremos el 'ser nacional'. Sólo lo lograremos (...) cuando seamos capaces de crear nuestros propios modelos culturales" (González, 2000, p. 255). En estas frases se puede trazar una idea que, desde Bruch, opera de manera transversal y nos llama la atención sobre cómo diversos autores están reaccionando ante una implícita mirada europeizante (Quijano, 2000).

Respecto de El Shincal y sus paisajes, recordamos que González fue el primer arqueólogo en realizar excavaciones en un sector que denominara ruinas del Simbolar, aportó una descripción detallada del área y adscripción cronológica y cultural. Clasificó al sitio como Tambo primario envolviéndolo dentro de un modelo que describía la estructura inkaica en el sur como periférica, marginal y de pequeña escala, vinculada mayormente a la explotación metalífera. Es interesante ver cómo, a pesar de notar la diferencia arquitectónica respecto de la calidad de los muros y de los rasgos finos de la arquitectura inka, no puede salir del rígido esquema del modelo general. Es probable que la atención puesta sobre un sector pequeño, aunque bien delimitado y definido, en detrimento del resto del sitio, registrado y medianamente analizado, fuera producto de los límites perceptivos impuestos por el propio modelo. No fue posible decodificar las magnitudes de la plaza o el ushnu, ni la importancia superlativa de los cerros ceremoniales. El formato posible para un tambo inka, dentro de las escasas y encorsetadas categorías creadas para los sitios inkas, no encajaba con un sitio de más de 20 has, con una arquitectura pública y ceremonial comparable a sitios de Perú. En el NOA no era posible un sitio de estas características para el modelo de centro-periferia por lo que las capacidades dilucidatorias de lo posible impedían siquiera imaginar un sitio como el que hoy existe. Por supuesto que no ponemos aquí en discusión las premisas de González acerca de la fidelidad con el pasado, no podemos ir en contra de lo escrito más arriba: González interpretaba desde sus categorías de lo posible así como nosotros lo hacemos hoy. Pero es interesante desentrañar su relación con la ausencia, en el sentido de Rancière (1993). La magnitud del sitio la percibió, sus notas de campo y las escasas descripciones de su único trabajo específico publicado lo delatan. Pero no pudo construir a partir de esa imponente presencia un discurso que rompiera con lo hegemónico de la época. Sólo era posible pensar tambos de porte menor y eso es lo que interpretó. Quizás por ello su decisión de encerrarse en las ruinas del Simbolar, apenas un 10% de lo que representa el sitio, sin lograr articular las partes. Por otra parte no podemos dejar pasar un interesante punto para discutir la resistencia de la evidencia a la subjetividad, aquello planteado por Shanks & Tilley (1987). No dejó de impresionar a González la maestría de la construcción de los muros y la presencia de rasgos que remiten a jerarquía social. Por ello, en el trabajo específico de 1966 desliza la posibilidad de hallarse ante un contexto de vivienda de personas de elite. Conocedor de una amplia geografía de sitios arqueológicos, percibió la diferencia comparativa. Aun así el poder de las ideas hegemónicas tuerce la resistencia intuitiva de esos primeros momentos y para 1980 incluye a las ruinas del Simbolar como un tambo más dentro del pliego de sitios inka de la periférica región del NOA.

En los trabajos de Raffino se inaugura la etapa del sitio arqueológico como monumento histórico nacional. En este acto, junto con el bautismo del sitio, se oficializa una apertura hacia el público turista. A su vez, sus publicaciones remitirán a interpretaciones donde el paisaje se construye como una fuente de recursos, principalmente los metales, que el inka conquista imponiéndose ante cualquier obstáculo. Los rótulos asignados sobre las estructuras arquitectónicas de El Shincal siguen una perspectiva funcional y una intención clara de rescatar categorías emic quechuas (son los casos del sinchiwasi, las kallankas, el ushnu y la aukaypata). Irrumpen paralelamente otras categorías importadas como "atalaya" y "casa del jefe", aunque siempre desde la misma perspectiva funcional con supuestos apriorísticos en base a similitudes formales con otros sitios estudiados en otras regiones.

Es significativo, en este sentido, el tratamiento del *sinchiwasi*, traducido como “casa de los guerreros”. En sus propios trabajos de excavación Raffino concluye que la materialidad no condice con la funcionalidad previamente sugerida y que diera origen al rótulo (Raffino *et al.*, 2002). Pero a la fecha es vigente el nombre y la función militar en el guion museográfico, folletería y cartelería del sitio. Lo mismo podría decirse del *atalaya*, concepto arrancado a las antiguas fortalezas del viejo mundo, donde, nuevamente, se refuerza aquella interpretación militar que Furque impusiera como idea pionera. Tales nociones cobran sentido tras haber plegado su postura al presupuesto carácter expansivo-militar del inka, donde no sólo otros pueblos se corporizan como adversarios, sino que el mismo paisaje, a veces hostil, significaba un elemento más que debía derrotarse o, en sus palabras “domesticarse” (Raffino, 2010).

En contraste con la visión militarista que se rastrea desde los inicios de las expediciones y las comparaciones con las llamadas “grandes civilizaciones”, recurso que Raffino tuvo siempre a mano en sus escritos (ver introducción del libro: Raffino, 2007), Farrington atiende al reclamo de trabajar con modelos locales, profundizando sobre un enfoque verdaderamente andino. La descripción precisa y la propuesta, por momentos tímida, de un mundo complejo de relaciones sociales de inkas y no inkas y, además, con un paisaje sacralizado, sirvió de disparador para profundizar sobre interpretaciones en torno al mundo cosmogónico inka. Pero existe un punto sobre el cual es necesario focalizar críticamente. Farrington, al evocar categorías propias de Hyslop, entra en señalamientos apresurados sobre los tipos edilicios como por ejemplo las *kallankas* (Farrington, 1999). Lo mismo con la ya clásica noción de Nuevo Cusco, una categoría que si bien aparece en algunas crónicas de españoles, se usó como un faro que guió la búsqueda de sitios de particular relevancia religiosa inkaica (Farrington, 1998). Aquí es donde se percibe la faceta más científicista y paradójicamente más dudosa. Con la intención de descubrir evidencia arquitectónica precisa y “medible” como patrones repetitivos que identificaran a los Nuevos Cusco, en una especie de emulación simbólica de la capital del Tawantinsuyu, adopta categorías émicas como las mencionadas unidades de medidas inkaicas. Todos los edificios de El Shincal van a ser examinados bajo la lupa de estas unidades y encorsetados bajo su “precisión”. Aun así, el descubrimiento de que los cuatro cerros circundantes generaban un patrón cardinal relacionado al *ushnu* es trascendental para entender la percepción inka del paisaje, donde todo el espacio se incorpora relacionamente en cualquier aspecto de la vida andina. Aquí se refleja la idea de que el mundo inka no puede comprenderse jamás si no es en relación directa con los aspectos religiosos, ya que todo espacio estaría sacralizado, siendo habitado por seres poderosos con los cuales hay que dialogar permanentemente (Giovannetti, 2015).

Situando la interpretación

En cuanto a nuestra postura, fue necesario un cambio en el marco conceptual desde una doble perspectiva para construir el posicionamiento actual. Por un lado la adopción de las nuevas propuestas sobre el análisis del espacio habitado (i.e. Ingold, Thomas, Shanks & Tilley) y la arqueología del paisaje. Pero por otro lado el entendimiento de ese universo andino que considera que “todo espacio es sagrado” (Van Kessel, 1996). Acordamos con Mearlau-Ponty al afirmar que “no fueron los descubrimientos científicos los que provocaron el cambio de la idea de naturaleza, sino que fue el cambio de la idea de naturaleza el que permitió esos descubrimientos” (1994, en Descola, 2012, p. 118).

En definitiva a partir del diálogo hermenéutico propuesto, reintroducimos la noción de paisajes sagrados y/o rituales de Farrington, entendiendo que esta puede no tratarse de una categoría nativa o emic. Es decir, que para los inkas puede haber operado la noción de que “todo espacio es sagrado” por lo que una distinción que discrimine un paisaje sagrado puede ser una verdad de perogrullo desde esa

perspectiva. Pero en la medida que consideremos al antropólogo en el rol de traductor cultural, (en el sentido de instrumento necesariamente imperfecto y parcial planteado por Schepper Hugues, 1997) necesitaremos categorías que, justamente, nos permitan traducir esas miradas sobre el mundo, en este caso sobre el espacio inka. Como aún requerimos desde nuestra mirada académica occidental construir categorías específicas para hablar de las especificidades que se construyen en relación al espacio y dado que nuestra óptica no incluye la sacralidad completa de todo lo que nos rodea, es necesario aún remarcar este aspecto cuando interpretemos otras entidades sociales diferentes de las nuestras.

Lo que aquí se sugiere es la posibilidad de realizar lecturas sobre los paisajes al modo de un texto polisémico en donde ningún término pueda de forma clara ni arbitraria determinar a otro, donde se eviten las jerarquías en apariencia neutrales (como dar relevancia sobremedida a las influencias ambientales sobre las decisiones "culturales") que terminan reforzando universalismos en la matriz de las explicaciones. De esta manera, los paisajes no son agregados de todo aquello que se sistematiza en los análisis, sino que son un posicionamiento ante la pretensión de universalismos devenidos de las ontologías naturalistas (*sensu* Descola, 2012) e incluso ante las temporalidades absolutas que debemos observar si es que queremos producir conocimiento crítico y democratizado ante las múltiples miradas que se ponen en juego.

Bibliografía

- Anschuetz, K.F. Wilshusen, R.H. & Scheick, C.L. (2001) "An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions". *Journal of Archaeological Research*, 9(2), pp. 152-197.
- Augé, M. (1998) *Las formas del olvido*. Gedisa. Barcelona, 112 pp.
- Bruch, C. (1911) "Exploraciones Arqueológicas en las Provincias de Tucumán y Catamarca". *Revista del Museo de La Plata, Tomo XIX (Primera Parte)*. Buenos Aires, 209 pp.
- Descola, P. (2009) "Human natures". *Social Anthropology/Anthropologie Sociale* 17(2), pp. 145-157.
- Descola, P. (2012) *Más allá de naturaleza y cultura*. Amorrortu. Buenos Aires, 624 pp.
- Farrington, I. (1992) "Ritual geography, settlement patterns and the characterization of the provinces of the Inka heartland". *World Archaeology*, 23(3), pp. 368-385.
- Farrington, I. (1998) "The concept of Cusco". *Tawantinsuyu* 5, pp. 53-59.
- Farrington, I. (1999) "El Shincal: un Cusco del Kollasuyu". En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Diez Marín, C. (Ed.). Tomo I., pp. 53-62. La Plata.
- Fox Keller, E. (1991) *Reflexiones sobre género y ciencia*. Alfons el Magnanim. Valencia, 191 pp.
- Furque, H. (1900) "Las ruinas de Londres de Quinmivil (Catamarca)". *Anales de la Sociedad Científica Argentina*. XLIX: pp. 166-171.
- Escobar, A. (2012) "Cultura y diferencia: la ontología política del campo de Cultura y Desarrollo". *Wale'keru Revista de investigación en cultura y desarrollo* 2, pp. 7-16.
- Gadamer, H. (1977) *Verdad y Método*. Sigüeme. Barcelona, 704 pp.
- González, A.R. (1951-1957) *Cuaderno de campo, expediciones a Catamarca, 1951, 1952 y 1957*. Repositorio DILA. Disponible en <<http://www.caicyt-conicet.gov.ar/dila/items/show/7972>>. Consultado el 25 de octubre de 2017.

- González A.R. & Cogwill G. (1975) Cronología arqueológica del valle del Hualfín. Pcia. de Catamarca. Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas del 1er Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 383-395. Rosario.
- González, A.R. (1959) “Breve noticia de las investigaciones arqueológicas efectuadas en el Valle de Hualfín, Catamarca. Campaña Marzo-Junio de 1952”. En: *Revista del Museo Municipal y Tradicional del Mar del Plata* 1(3), pp. 79-81.
- González, A.R. (1966) “Las Ruinas del Shincal”. *Primer Congreso de Historia de Catamarca. Tomo Tercero*, pp. 15-28. Junta de Estudios Históricos de Catamarca. Catamarca.
- González, A.R. (1998) *Cultura la Aguada: Arqueología y diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires, 224 pp.
- González, A.R. & Pérez, J.A. (1976) *Historia Argentina, Argentina indígena, vísperas de la conquista*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 178 pp.
- Haber, A. (2011) *La casa, las cosas, los dioses. Arquitectura doméstica, paisaje campesino y teoría local*. Encuentro. Córdoba, 206 pp.
- Haraway, D. (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Cátedra. Valencia, 431 pp.
- Ingold, T. (2000) *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge. Londres, 465 pp.
- Johnsen, H. & Olsen, B. (1992) “Hermeneutics and archaeology: on the philosophy of contextual archaeology”. *American Antiquity* 57(3), pp. 419-436.
- Nastri, J. & Stern, L. (2011) “Cosmología y construcción histórica de la iconografía santamariana”. *Boletín del Museo chileno de Arte Precolombino* 16(2), pp. 27-48.
- Pérez Galán, B. (2010) “Tiempo festivo y espacio sagrado en los Andes. Entre el cristianismo y la tradición indígena”. *Gazeta de Antropología* 26(2). Disponible en <<http://hdl.handle.net/10481/6780>>. Consultado el 6 de abril de 2017.
- Podgorny, I. (1999) *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, Museos y estudiosos en la Argentina entre 1880 y 1910*. EUDEBA. Buenos Aires, 66 pp.
- Quijano, A. (2000) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, Edgardo Lander (comp.), p. 246. CLACSO Buenos Aires. Disponible en <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/quijano.rtf>>. Consultado el 6 de abril de 2017.
- Raffino, R. (2004) *El Shincal de Quimivil*. Editorial Sarquís. San Fernando del Valle de Catamarca, 272 pp.
- Raffino, R. (2007) *Poblaciones indígenas argentinas*. Emecé editores. Buenos Aires, 432 pp.
- Raffino, R. (2010) “La Domesticación del Paisaje”. En: *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II, Simposio: Espacios locales en el paisaje del Tawantinsuyu. La incidencia de las comunidades conquistadas en la estructura social del Estado, M. A. Giovannetti y R. A. Moralejo (Coords.), pp. 825-828. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, INCIHUSA - CONICET. Mendoza.
- Raffino, R. A., Iturriza, R. D., Gobbo, D., Capparelli, A., & Deschamps, C. (2002) “El Sinchiwasi de El Shincal de Quimivil”. *Academia Nacional de la Historia, Col. Investigaciones y Ensayos* 52, pp. 39-68.
- Rancière, J. (1993) *Los nombres de la historia. Una poética del saber*. Nueva Visión. Buenos Aires, 128 pp.
- Ricoeur, P. (2004) *Tiempo y narración. I configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo XXI. Buenos Aires, 371 pps
- Ricoeur, P. (2008) *Hermenéutica y Acción*. UCA-Prometeo Libros. Buenos Aires, 186 pp.
- Rorty, R. & Vattimo, G. (2006) *El futuro de la religión. Solidaridad, caridad, ironía*. Paidós. Buenos Aires, 128 pp.
- Shanks, M. (2007) “Symmetrical Archaeology”. *World Archaeology* 39(4) *Debates in "World Archaeology"*, pp. 589-596.

- Shanks, M. & Tilley, C. (1987) *Social theory and archaeology*. University of New Mexico Press. New Mexico, 243 pp.
- Scheper-Hughes, N. (1997) *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Ariel S.A. Barcelona, 567 pp.
- Tilley, C. (1989) "Archaeology as socio-political action in the present". En *Critical traditions in contemporary archaeology*, V. Pinski y A. Wylie (eds), pp. 104-116. Cambridge University Press. Cambridge
- Van Kessel, J. (1996) "Los aymaras contemporáneos de Chile". En: *Etnografía. Sociedades indígenas contemporáneas y su ideología*. Primera Parte. Sociedades indígenas contemporáneas, Hidalgo, J., Schiappacasse, V., Niemeyer, H., Aldunate, C. & Mege, P. (Eds.), pp. 47-68. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile
- Viveiros de Castro, E. (2013) *La mirada del jaguar: Introducción al perspectivismo amerindio*. Tinta Limón. Mendoza, 288 pp.
- Zuidema, R. (1995) *El sistema de Ceques del Cusco*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 420 pp.